

III Trimestre de 2008
Agentes de esperanza: Los grandes misioneros de Dios

Notas de Elena G. de White

Lección 6
2 al 9 de Agosto de 2008

El Salvador compasivo

Sábado 2 de agosto

Jesús era el auxiliador de los pobres y el amigo de los necesitados. Cada día manifestaba compasión y amor por la raza humana. Mientras recibía a los humildes, los enfermos, los pobres y los afligidos, a la vez condenaba el orgullo, el egoísmo y la exaltación propia de fariseos, escribas y rabinos, quienes se llenaban de envidia al ver que las multitudes los dejaban de lado para ir a escuchar a Jesús.

Por eso hablaban mal de Cristo y de su doctrina, y en sus corazones deseaban destruirlo; pero no se animaban a hacerlo porque la gente lo seguía. Cuanto más beneficiaba a la gente, la que glorificaba a Dios por sus poderosas obras, tanto más desesperados y determinados se volvían sus enemigos (Signs of the Times, junio 25, 1896).

El perdón concedido por este rey representa un perdón divino de todo pecado. Cristo es representado por el rey, que, movido a compasión, perdonó al siervo deudor. El hombre estaba bajo la condenación de la ley quebrantada. No podía salvarse a sí mismo, y por esta razón Cristo vino a este mundo, revistió su divinidad con la humanidad, y dio su vida, el justo por el injusto. Se dio a sí mismo por nuestros pecados y ofrece gratuitamente a toda alma el perdón comprado con su sangre. "En Jehová hay misericordia. Y abundante redención con él".

Ésta es la base sobre la cual debemos tener compasión para con nuestros prójimos pecadores. "Si Dios así nos ha amado debemos también nosotros amarnos unos a otros". "De gracia recibisteis –dice Cristo–, dad de gracia" (***Palabras de vida del Gran Maestro, p. 191***).

Domingo 3 de agosto **Alcanzando a las masas**

Cristo era, en todo sentido de la palabra, un misionero médico. Vino a este mundo a predicar el evangelio y a sanar a los enfermos. Vino como sanador de los cuerpos tanto como de las almas de los seres humanos. Su mensaje era que la obediencia de las leyes del reino de Dios proporcionaría salud y prosperidad a los hombres y mujeres...

Cristo pudo haber ocupado la posición más elevada entre los más destacados maestros de la nación judía. Pero eligió en cambio llevar el evangelio a los pobres. Fue de lugar en lugar, para que los que se encontraban en los lugares poblados y en los sitios apartados pudieran comprender las palabras del evangelio de la verdad. Trabajó en la forma como desea que sus obreros trabajen en la actualidad. Junto al mar, sobre la falda de la montaña, en las calles de la ciudad, se oyó su voz que explicaba las escrituras del Antiguo Testamento. Su explicación fue tan distinta de la explicación dada por los escribas y fariseos, que llamó la atención de la gente. Enseñó como alguien que tenía autoridad, y no como los escribas. Proclamó el mensaje evangélico con claridad y poder.

Nunca existió un evangelista como Cristo. Era la mayúscula majestad del cielo, pero se humilló para adoptar nuestra naturaleza a fin de encontrar a los hombres en el lugar donde están. Cristo, el Mensajero del pacto, llevó las nuevas de la salvación a todos, ricos y pobres, libres y esclavos. ¡Cómo se agolpaba la gente junto a él! Venían de lejos y de cerca en busca de sanamiento, y él los sanaba a todos. Su fama como Gran Sanador se difundió por toda Palestina, desde Jerusalén hasta Siria. Los enfermos acudían a los lugares por donde pensaban que pasaría, a fin de pedir su ayuda, y él los sanaba de sus enfermedades. También acudían a los lugares por donde pensaban que pasaría, a fin de pedir su ayuda, y él los sanaba de sus enfermedades.

También acudían los ricos ansiosos de escuchar sus palabras y de recibir un toque de su mano. Así iba de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, predicando el evangelio y sanando a los enfermos -el Rey de gloria ataviado con el humilde ropaje de la humanidad. "Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos" (2 Corintios 8:9) (**Consejos sobre la salud, pp. 314, 315**).

Los arrogantes escribas y fariseos también se reunían alrededor de él, pero con malvados propósitos en sus corazones: deseaban confundir al sagrado Maestro para que pudieran acusarlo de ser un impostor y condenarlo a muerte.

Aunque estaban celosos de su poder y sabiduría, escondían su intenso odio para estar cerca de él, atentos a cada palabra que decía para ver si podían sorprenderlo en alguna contradicción o herejía que sería la excusa para levantar cargos contra él. Estaban presentes cuando Cristo sanó, en sábado, al hombre de la mano seca, y estos hombres, que decían gozar del favor divino, se llenaron de ira por lo que consideraban la herejía de sanar a este enfermo en el día del Señor.

Aparte de estos magnates, se reunía la mezclada multitud que se acercaba por diferentes motivos. Algunos tenían un deseo irresistible de escuchar sus palabras aunque no pudieran entender totalmente su significado. No obstante, en muchos casos esas sagradas declaraciones eran semillas de vida sembradas en sus corazones, las que más tarde crecían y llevaban benditos frutos. Otros se acercaban por curiosidad, excitación, o porque deseaban ver y oír alguna cosa novedosa. Toda las clases sociales y diferentes nacionalidades estaban allí representadas (**Signs of the Times, 16 de octubre, 1879**).

Lunes 4 de agosto

El toque personal

Hay que entrar en íntimo contacto con el pueblo por medio del esfuerzo personal. Si se dedicara menos tiempo a sermonear, y más al servicio personal, se conseguirían mayores resultados.

El Señor desea que su palabra de gracia penetre en toda alma.

En gran medida esto debe realizarse mediante un trabajo personal. Éste fue el método de Cristo. Los que tuvieron más éxito en la obra de ganar almas fueron hombres y mujeres que no se enorgullecían de su capacidad, sino que con humildad y fe trataban de ayudar a los que los rodeaban. Jesús hizo esta misma obra. Él se acercaba a aquellos a quienes deseaba alcanzar (**Servicio cristiano, p. 147**).

...Se necesita un trabajo personal en favor de las almas de los perdidos. Debemos acercarnos a los hombres individualmente; y con la simpatía de Cristo hemos de tratar de despertar su interés en los grandes asuntos de la vida eterna. Quizá su corazón parezca tan duro como el camino transitado, y tal vez sea aparentemente un esfuerzo inútil presentarles al Salvador; pero aun cuando la lógica pueda no conmovier, y los argumentos puedan resultar inútiles para convencer, el amor de Cristo, revelado en el ministerio personal, puede ablandar un corazón pétreo, de manera que la semilla de la verdad pueda arraigarse (**Palabras de vida del Gran Maestro, p. 37**).

En toda enseñanza verdadera, es esencial el elemento personal. En su enseñanza, Cristo trató individualmente con los hombres. Educó a los doce por medio del trato y la asociación personal. Sus más preciosas instrucciones fueron dadas en privado, y con frecuencia a un solo oyente. Reveló sus más ricos tesoros al honorable rabino en la entrevista nocturna celebrada en el monte de las Olivas, a la mujer despreciada junto al pozo de Sicar, porque en esos oyentes discernió un corazón sensible, una mente abierta, un espíritu receptivo. Ni siquiera la muchedumbre que con tanta frecuencia seguía sus pasos era para Cristo una masa confusa de seres humanos. Hablaba directamente a cada mente y se dirigía a cada corazón. Observaba los rostros de sus oyentes, notaba cuando se iluminaban, notaba la mirada rápida y comprensiva que revelaba que la verdad había llegado al alma, y en su corazón vibraba en respuesta una cuerda de gozo afín (**Consejos sobre la obra de la Escuela Sabática, p. 81**).

Debemos tratar de seguir más estrechamente el ejemplo de Cristo, el gran Pastor, mientras trabajaba con su grupito de discípulos, estudiando con ellos y con la gente las Escrituras del Antiguo Testamento. Su ministerio activo consistía no solamente en sermonear, sino en educar a la gente. Cuando pasaba por las aldeas, entablaba relaciones personales con la gente en sus hogares, enseñando y ministrando a sus necesidades. Cuando las multitudes que lo seguían aumentaban, cuando llegaba a un lugar adecuado, les hablaba, simplificando sus discursos con el empleo de parábolas y símbolos (**El evangelismo, pp. 151, 152**).

Martes 5 de agosto

Perdón

Si el Señor tratara a la familia humana como los hombres se tratan unos a otros, habríamos sido consumidos; pero él es longánimo, de tierna compasión, que perdona nuestras transgresiones y pecados. Cuando lo buscamos de todo corazón, lo hallamos...

Cristo carga nuestro pecado, constantemente nos perdona la iniquidad y el pecado. La misericordia, la paciencia, la longanimidad, son la gloria de su carácter. Cuando Moisés oró al Señor diciendo: "Te ruego que me muestres tu gloria", le contestó: "Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro". La pregunta que Pedro dirigió a Jesús le fue sugerida por las lecciones que Cristo le había dado previamente acerca de la disciplina eclesiástica.

Los preceptos judíos imponían a los hombres el deber de perdonar cinco ofensas, y Pedro pensó que al sugerir siete veces había alcanzado con ello el límite de la paciencia humana. Pero Jesús le hizo comprender que quienes tienen la mente divina y están imbuidos del espíritu divino otorgarán el perdón sin límites. El plan y fundamento de la salvación es el amor, y es el principio que debe gobernar a la familia humana. Si Cristo limitara su misericordia, su compasión y perdón a un cierto número de pecados, ¡cuán pocos se salvarían!

Pero la misericordia de Cristo al perdonar las iniquidades de los hombres nos enseña que debe haber un perdón abundante para las ofensas y pecados que nuestros prójimos cometen contra nosotros. Cristo dio esta lección a sus discípulos para corregir los males que enseñaban y practicaban por precepto y ejemplo los que interpretaban las Escrituras en ese tiempo.

El principio que impulsó a Cristo al tratar de recuperar a la familia humana mediante el plan de salvación es el mismo que debe impulsar a sus seguidores en su trato mutuo cuando se relacionan en la iglesia. La lección había de impresionar también sus mentes con el hecho de que no podemos alcanzar el cielo por nuestros propios méritos, sino solamente a través de la maravillosa misericordia y paciencia de Dios, que nos son ofrecidas en una forma que no podemos igualar.

El hombre puede ser salvo únicamente por medio de la maravillosa paciencia de Dios al perdonarle sus muchos pecados y transgresiones, pero los que son bendecidos por la misericordia de Dios debieran manifestar el mismo espíritu de paciencia y perdón hacia los que constituyen la familia del Señor (***Alza tus ojos, p. 41***).

Tenemos el privilegio de ver a Jesús como él es, de conocerlo como alguien que está lleno de compasión, cortesía y divina amabilidad. Él es bueno y misericordioso, y perdonará nuestros pecados. De él se escribe: "Por lo cual, debía ser en todo semejante a los hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel pontífice en lo que es para con Dios, para expiar los pecados del pueblo. Porque en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados".

Debemos albergar amor y gratitud; debemos mirar a Jesús y ser transformados a su imagen. El resultado de esto será un aumento de la confianza, de la esperanza, de la paciencia y del valor. Estaremos bebiendo del agua de la vida de la cual habló Cristo a la mujer de Samaria. Él dijo: "Si conocieses el don de Dios, y quién es el que te dice:

Dame de beber: tú pedirías de él, y él te daría agua viva... Mas el que bebiere del agua que yo le daré, para siempre no tendrá sed; mas el agua que yo le daré, será en él una fuente de agua que salte para vida eterna" (**Testimonios para los ministros, p. 228**).

Esta parábola [del siervo ingrato] está destinada a mostrar el espíritu de ternura compasión que debiera manifestarse en el trato con los demás. El perdón del rey representa un perdón que es sobrenatural: el perdón divino a los pecadores. Cristo está representado por el rey, quien movido a compasión, perdonó la deuda de su siervo. El ser humano estaba bajo la condenación de una ley quebrantada; no podía salvarse a sí mismo. Por eso Cristo vino a este mundo, revistió su divinidad con la humanidad y dio su vida; el Justo pro el injusto. Al dar su propia vida deseaba dejar un ejemplo de la clemencia que los seres humanos deben ejercer con sus prójimos (**Review and Herald, 3 de enero, 1899**).

Miércoles 6 de agosto

Dios con nosotros

Jesús es llamado el Verbo de Dios. Aceptó la ley de su Padre, desarrolló sus principios en su vida, manifestó su espíritu, y demostró su poder benéfico en el corazón. Dice Juan: "Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad".

Todo lo que el hombre necesita o puede saber acerca de Dios, ha sido revelado en la vida y el carácter de su Hijo...

Revestido de la humanidad, Cristo llegó a ser uno con la humanidad y al mismo tiempo reveló a los seres pecaminosos el carácter de su Padre Celestial. Fue en todo semejante a sus hermanos. Llegó a ser carne como cualquiera de nosotros.

Sufrió hambre, cansancio y sed. Necesitó alimentarse y dormir. Compartió la suerte del hombre aunque era el inmaculado de Dios (**La fe por la cual vivo, p. 19**).

Cuando el pecado de Adán hundió a la raza en la miseria y la desesperación, Dios podría haberse separado de los caídos pecadores. Podría haber enviado a sus ángeles para que derramaran sobre nuestro mundo las copas de su ira. Podría haber hecho desaparecer esta oscura mancha del universo.

Pero no lo hizo. En lugar de echarlos de su presencia, se acercó más a la raza caída. Dios a su Hijo para que llegara a ser hueso de nuestro hueso y carne de nuestra carne. "Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad" (Juan 1:14). Cristo, mediante su relación con los seres humanos, puso al hombre más cerca de Dios todavía. Revistió su naturaleza divina con el manto de la humanidad, y demostró ante el universo celestial, ante los mundos no caídos, cuánto ama Dios a los hijos de los hombres. El don de Dios en favor del hombre excede a todo cálculo. Nada se escatimó. Dios no podía permitir que se dijera que podía haber hecho algo más, que podía revelar a la humanidad un amor mayor. En el don de Cristo, dio todo el cielo (**La maravillosa gracia de Dios, p. 53**).

El cielo era consciente de la profunda necesidad humana de tener un maestro divino. La misericordia y la simpatía de Dios se manifestaron en favor del ser humano caído y atado al carruaje satánico. Llegado el cumplimiento del tiempo Dios envió a su Hijo, Aquel que había sido escogido en los consejos celestiales, para que viniese a la tierra como un instructor. Era el Creador del universo, pero la rica benevolencia de Dios lo dio a nuestro mundo; vino en naturaleza humana para enfrentar las necesidades de la humanidad. Para asombro de toda la hueste celestial, caminó en esta tierra como el Verbo eterno. Dejó las cortes reales y vino a este mundo contaminado y malogrado por el pecado.

De una manera misteriosa se revistió de la naturaleza humana: "Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros". Esta abundancia de gracia, benevolencia, bondad y amor de Dios, fue una sorpresa incomprensible para el mundo (*Special Testimonies on Education*, pp. 173, 174).

Jueves 7 de agosto Hablando en parábolas

La manera en que Cristo enseñaba era bella y atrayente, y se caracterizaba siempre por la sencillez. Él revelaba los misterios del reino de los cielos por el empleo de figuras y símbolos con los cuales sus oyentes estaban familiarizados; y el común del pueblo le oía gustosamente, porque podía comprender sus palabras. No usaba palabras altisonantes, para cuya comprensión habría sido necesario consultar un diccionario.

Jesús ilustraba las glorias del reino de Dios por el uso de los incidentes y los sucesos de la tierra. Con amor compasivo y tierno, alegraba, consolaba e instruía a todos los que le oían; porque sobre sus labios se derramaba la gracia a fin de que pudiese presentar a los hombres de la manera más atrayente los tesoros de la verdad (*Consejos para los maestros*, pp. 227, 228).

La argumentación es buena en su lugar, pero se puede lograr mucho más por medio de sencillas explicaciones de la Palabra de Dios. Cristo ilustraba sus lecciones tan claramente que los más ignorantes podían comprenderlas fácilmente. Jesús no empleaba palabras largas y difíciles en sus discursos; usaba un lenguaje sencillo, adaptado a las mentes de la gente común. En el tema que explicaba no iba más lejos que hasta donde podían seguirlo (*El evangelismo*, p. 352).

Aunque el lenguaje de Cristo era simple, los más educados se encantaban con su manera de enseñar, y los más ignorantes siempre se beneficiaban con sus discursos. Usaba ilustraciones que provenían de las costumbres y experiencias de la vida diaria, y sus palabras eran recordadas por sus oyentes cada vez que veían cosas en la naturaleza que les resultaban familiares. Los pájaros, el aire, los lirios del campo, los pastores y sus rebaños, eran los eventos que ocurrían comúnmente en la vida cotidiana, y Cristo las utilizaba para facilitar la comprensión de la gente.

Instrucciones de la mayor importancia eran relacionadas con asuntos comunes para que todos pudieran entenderlas claramente. Los únicos que parecían no entender sus enseñanzas eran los escribas y fariseos, pero la razón era que estaban llenos de pre-

juicio y estaban determinados a malinterpretar sus palabras. La gente común, en cambio, lo escuchaba con alegría, y a los pobres era predicado el evangelio. El testimonio de sus oyentes era claro: "Nunca ha hablado hombre así como este hombre" (***Pastoral Ministry***, pp. 194).

En la enseñanza de Cristo mediante parábolas, se nota el mismo principio que el que lo impulsó en su misión al mundo.

A fin de que llegáramos a conocer su divino carácter y su vida, Cristo tomó nuestra naturaleza y vivió entre nosotros. La Divinidad se reveló en la humanidad; la gloria invisible en la visible forma humana. Los hombres podían aprender de lo desconocido mediante lo conocido; las cosas celestiales eran reveladas por medio de las terrenales; Dios se manifestó en la semejanza de los hombres. Tal ocurría en las enseñanzas de Cristo: lo desconocido era ilustrado por lo conocido; las verdades divinas por las cosas terrenas con las cuales la gente se hallaba más familiarizada (***Palabras de vida del Gran Maestro***, p. 8).

Viernes 8 de julio
Para estudiar y meditar

El Deseado de todas las gentes, pp. 757-768.